

TÍA MATILDE

Cuando la Tía Matilde estaba tan cansada que iba a cerrar su patelería... ¡los niños del barrio entraron en acción!

Todos los niños del barrio le decían «Tía Matilde» y la querían mucho. Sus ojos irradiaban bondad y su sonrisa era acogedora.

Susana, Carlos, Rita, Esteban, María, Percy, y todos los demás niños casi vivían con la Tía. Apenas llegaban de la escuela se cambiaban de ropa y corrían a la pastelería de la Tía. Sí, ella tenía una pastelería. Preparaba los pasteles más ricos de la ciudad.

Cierta tarde, cuando los niños llegaron a la pastelería encontraron la puerta cerrada. Era que la Tía estaba tan cansada que no tenía fuerzas para hacer más pasteles.

–Creo que tengo que cerrar para siempre mi pastelería –les dijo a los niños.

–No, no, no, querida Tía –le respondieron–. Tal vez te podemos ayudar.

–Yo voy a barrer el piso –dijo Esteban.

–Y yo lavaré las ollas –ofreció Rita.

–Y yo... y yo... y yo... –decían cada uno de los niños, ofreciendo su ayuda.

El único que no dijo nada fue Carlos. Dejó a todos y se fue a su casa. Pero dentro de un rato volvió, trayendo un cartel en la mano. Decía: «Cerrado por fin de semana. El lunes nuevamente podrán comprar ricos pasteles. Gracias.»

¡Qué alegría para la Tía ver a los niños tan trabajadores! Descansando un par de días la Tía Matilde recobró sus fuerzas. Pudo seguir preparando los ricos pasteles.

Lo mejor de todo fue que ese domingo acompañó a los niños a la escuela dominical.







